

EL DOSSIER

¿Por qué la izquierda no sabe pescar?



Mark Lilla o por qué la izquierda no sabe pescar / DANIEL ROSELL

Mark Lilla disecciona en 'El regreso liberal' cómo las fuerzas progresistas han renunciado a reforzar la ciudadanía y a ganar elecciones

ARCHIVADO EN: ECONOMÍA , SOCIALDEMOCRACIA , LIBERALISMO

Manel Manchón > @mmcias

18.05.2018 00:05 h.

10 min

¿Quién ha dicho que los **intelectuales** no saben ofrecer imágenes que nos expliquen con claridad lo que pretenden decir? Vamos a ello. **Mark Lilla** es catedrático de **Humanidades** en la Universidad de Columbia, y un constante articulista en *The New York Review of Books*. Es autor de *La mente naufragada* (Debate), y acaba de publicar un libro sencillo, corto, de 150 páginas: *El regreso Liberal, más allá de la política de la identidad* (Debate). Se trata de una **bofetada** en la cara al progresismo, a los **liberales** de Estados Unidos, que se identifican con el Partido Demócrata, pero que es extensible a los **socialdemócratas** europeos.

¿Por qué? Para **despertarlos**, para recordarles que no se puede menospreciar a quien no es como tú, y que para cambiar las cosas lo primero que hay que hacer, ¡vaya sorpresa, aunque también se ha olvidado!, es ganar y ganar y ganar elecciones, en todos los niveles, local, estatal y federal. Y ello requiere **trabajo**. Ahora vamos a **pescar** y a presenciar la imagen que nos propone Lilla, en relación a esos **progresistas** que se han refugiado en las políticas de la **identidad**, en los derechos individuales en función del **género**, de la orientación sexual o de otras características, dejando de lado **el bien común** y el concepto de **ciudadanía** en toda su extensión. Un hecho que se remonta a los años **sesenta**, y que tuvo su culminación en Europa en el mayo francés de **1968**, hace cincuenta años, cuando se propuso una defensa de derechos individuales de autoafirmación.

O vas a pescar o te haces vegano

La idea del autor de *El regreso liberal* es que la política **electoral** se parece a la pesca. Nos levantamos pronto, vamos donde están los **peces**, no a donde nos gustaría que estuvieran. Echamos el cebo en el agua (el cebo se define –dice Lilla– como algo que quieren comer, no como *elecciones saludables*). En el momento en el que los peces se dan cuenta de que están atrapados, resisten, se oponen. ¿Entonces, qué hacemos? “Déjalos, suelta hilo. Al final se calmarán y podrás tirar de ellos lentamente, con cuidado para no **provocarlos** sin necesidad”.



Los manifestantes frente a la policía francesa en París durante las protestas de Mayo del 68.

Lilla plantea el **dilema**, oponiendo lo que harían los **liberales** de la identidad (el **Partido Demócrata** ha quedado atrapado en esa cuestión desde hace décadas), y lo que debería hacer un partido liberal progresista, el mismo Partido Demócrata que triunfó en la época de **Roosevelt**): “El enfoque de la política de la identidad consiste en permanecer en la orilla, gritando a los peces sobre los errores históricos que les ha dado el mar y la necesidad de que la vida acuática renuncie a sus **privilegios**. Todos con la esperanza de que los peces confiesen colectivamente sus pecados y naden hacia la orilla para introducirlos en **redes**. Si es así como entiendes la pesca, más vale que te hagas vegano”. Provoca una sonrisa, pero se **entiende** todo.

Esa es la historia. La dicotomía, en el mundo **occidental** —veremos cómo deriva la experiencia de países autoritarios como **China** o **Rusia** y el tipo de democracia particular que puedan constituir— se ha establecido entre unas fuerzas políticas de **derecha** que apelan a los derechos **individuales**, y que plantean un estado débil, pequeño, y las fuerzas políticas llamadas de **izquierda** que ni saben ganar elecciones ni tienen **ideas** para cambiar luego la situación. Están atrapadas en lo que Lilla llama la *política de la identidad*.

Ganar y ganar elecciones

En Estados Unidos esa experiencia es muy clara. A partir de los años **sesenta** se desarrolla en las universidades centros de pensamiento que influyen en el Partido Demócrata y que apelan a los derechos **individuales**, a la necesidad de autoafirmación de diferentes colectivos, mujeres, negros, homosexuales, latinos o asiáticos. Toda persona debe defender el **colectivo** al que pertenece. ¿Pero y el conjunto?

Se pasó de lo que Lilla llama la *Dispensación Roosevelt*, desde el *New Deal* hasta la década de 1970, en la que el centro de todo es el proyecto colectivo, el ciudadano, el proyecto común de una sociedad, a la *Dispensación Reagan*, donde lo que prima es el individuo, la recompensa individual, no ya como ciudadano, sino como **consumidor**. Esa era, para Lilla, se cierra ahora con el “populismo oportunista” de **Trump**, que ha provocado, justamente, una reacción en el sentido colectivo que defiende este profesor, sin saber en qué podrá concretarse.



Franklin D. Roosevelt.

Lilla insiste en que la prioridad es **ganar elecciones**, ser paciente, trabajar poco a poco, ir a buscar a esos

electores --no esperar que lleguen, como los peces a la orilla--, escucharles, saber cómo viven, entender sus preferencias, encontrar puntos de contacto. La respuesta no puede ser la defensa de **colectivos**, a la manera de un abogado que denuncia ante los tribunales de justicia. Se les debe defender claro, pero dentro de una idea de **ciudadanía global**, como ciudadanos estadounidenses con derechos y obligaciones.

¿Pero qué ha pasado? Que ese trabajo es lento y duro. Y que se prefiere despreciar al pez, porque no se ha acercado a la orilla con prontitud. Lo explicaba con enorme talento un **periodista** fallecido en los últimos años, **Joe Bageant** en un libro que se acaba de reeditar: *Crónicas de la América profunda* (Los libros del linco). Su tesis era la misma que la de Lilla, con **críticas** afiladas a los demócratas que no sabían beber una cerveza con el trabajador blanco desahuciado de las ciudades y pueblos del interior del país.

Sin wifi y con café malo

La paradoja es enorme. En esos campus de las grandes **universidades** norteamericanas, con imágenes de postal, se puede discutir sobre la situación de los trabajadores de **Vietnam**, o de otras tierras remotas. Ningún liberal los desprecia. Se interesan por ellos y se organizan campañas de solidaridad. ¿Pero qué pasa en el pueblo de al lado, qué pasa con los **conciudadanos** que han acabado entregándose a Trump? Piensen en cualquier situación **local**, piensen también en esa superioridad moral en lugares como **Cataluña** donde se pone el grito en el cielo porque en un determinado lugar se vota al PP o al PSOE, a pesar de todos los problemas internos de esos dos partidos, sin pensar que, por la misma razón, muchos catalanes confiaron durante décadas en **Jordi Pujol** y en CiU, ante la desesperación de los más modernos socialistas del PSC o de ICV.

Lila nos ofrece otra imagen: “Si quieres quitarle el país a la derecha y producir un **cambio duradero** para la gente que te importa, es hora de bajar del púlpito. Y en cuanto bajemos, hay que aprender a escuchar y a imaginar. Tienes que visitar, aunque solo sea con el ojo de la mente, lugares en donde no hay *wifi*, el café es malo y no tendrás ganas de subir una foto de tu cena en **Instagram**. Y donde comerás con gente que dará las gracias de verdad por esa cena en sus oraciones. No los desprecies”. *El regreso liberal* puede ser una pequeña biblia para aquellos que se tomen en serio la **política** como instrumento para transformar la **realidad**. Lo que ocurre es que es trabajosa, ingrata a corto plazo, sorda, y los tiempos están para otra cosa.

¿Quién se atreve?
